

## ¿Vale la pena insistir en lo importante?

Nicolás Lynch

Terminamos este año 2002 con la sensación de que las principales fuerzas políticas están satisfechas con el rol que han desempeñado en los últimos meses. El gobierno porque creería haber consolidado su posición sin la ayuda de otras fuerzas, en especial del APRA, y la oposición porque creería, asimismo, estar perfilándose sin tomar ninguna responsabilidad de gobierno. En el primer caso, se cree que el poder del Estado será recurso suficiente para consolidar una política partidista, en el segundo, que el desborde de la demanda popular, especialmente descentralista, será el terreno fértil para jaquear al gobierno nacional. No es ésta ciertamente la única tendencia pero sí la dominante. Anidan otras, tanto en el gobierno como en la oposición, que se han podido ver en los esfuerzos del Acuerdo Nacional, en los trabajos de reforma constitucional y hasta en los reflejos del Presidente de la República, pero parecen siempre quedar a la zaga, detrás de los impulsos que definen y finalmente gobiernan. Esa es la imagen de nuestra clase política, satisfecha pero quizás distante de lo que podrían ser las prioridades del ciudadano de a pie.

En estas condiciones ¿vale la pena insistir en lo importante? Lo digo en referencia al objetivo fundamental de la democracia peruana en este momento: la consolidación institucional, que debe permitirnos hacer de la democracia la única forma de hacer política en el Perú. Digo si vale la pena porque ante la aparente situación de satisfacción parece que para la mayoría el objetivo de consolidación institucional se estuviera cumpliendo a las mil maravillas o, en el peor de los casos, fuera sólo una ocurrencia intelectual buena para el discurso que deba estar subordinada a intereses parciales, privados y/o personales.

Lo que nos lleva a dudar de que esta satisfacción tenga raíces sólidas son dos hechos que, cualquiera de ellos por su cuenta, puede congelar o eventualmente hacer retroceder todo lo avanzado. Me refiero a las dudas en la lucha anti-corrupción que han atravesado todo el espectro político y judicial, explicando el retraso en los procesos anti-corrupción, y , el desborde de las demandas regionales, que se ha hecho presente durante todo el año y que en los próximos días tomará, esperamos, un cauce institucionalizado con la instalación de los gobiernos regionales.

¿Podrán seguir gobierno y oposición permanentemente enfrentados en un año en el que se debe juzgar a la mafia y dar pasos decisivos en la extradición de Fujimori? ¿Podrán dar cauce a las demandas regionales, unos echando leña al fuego y otros mano al poco presupuesto con que se cuenta? Parece complicado. Lo más probable es que ninguno sea lo suficientemente fuerte como para llevar sus objetivos hasta el final y se quede, no cerca del fin que sería casi haber ganado, sino a medio camino, que es la antesala o quizás el mismo punto muerto. En una situación donde la polarización lleva al punto muerto inevitablemente es el régimen democrático el que se desgasta y perdemos todos: partidos y ciudadanos.

Una situación de punto muerto o empate catastrófico a la que se podría llegar en un futuro cercano configuraría una “democracia de baja intensidad”, que opacaría los logros sectoriales y donde cada vez más “sobrevivir” sería la única consigna. Por ello, considero que sí vale la pena insistir en lo importante que es la consolidación

institucional, más todavía cuando esta consolidación institucional se ha complicado seriamente por el retraso y el desborde señalados.

El problema es quién hará caso a esta insistencia en lo importante cuando el mundo de la polarización, el sectarismo, los dobles discursos y la satisfacción parece ser lo reinante. Dicen que el criterio se afina conforme acecha el peligro, aunque no sea la mejor manera de llegar a buenas conclusiones, parece ser una de nuestras pocas esperanzas.